

TERCERA PARTE  
IMPERIOS ANTIGUOS Y MODERNOS



## INTRODUCCIÓN

El tema central de esta tercera parte podría decirse que es claro, la existencia de imperios europeos nacidos con los descubrimientos y las conquistas y desaparecidos en el siglo xx. Pero decir sólo esto sería simplificar la riqueza de los cinco capítulos que estudian los procesos de globalización durante el periodo moderno; la existencia de varios modelos imperiales; la rica evolución de las colonias hispanas en Latino América después de la independencia; las complejísimas relaciones entre las antiguas metrópolis y España desde la segunda mitad del siglo xix; y los grandes debates historiográficos y contemporáneos sobre los imperios “modernos” en relación a sus mismas prácticas y a los modelos desarrollados en los siglos anteriores.

El primer capítulo, escrito por Serge GRUZINSKI, pone en evidencia los obstáculos historiográficos que explican porqué hasta ahora no se han desarrollado estudios del Imperio español desde una perspectiva global, teniendo en cuenta las situaciones y procesos en la Península, en el mundo atlántico, en las colonias americanas y en las colonias en otros territorios, como las Filipinas. Aunque en general se ha tendido a leer las visiones de globalidad que hicieron suyas los gobernantes del Imperio español durante el periodo moderno como simples y vacías declaraciones propagandísticas, GRUZINSKI demuestra que así era percibido en el periodo, tanto por los mismos españoles como por sus enemigos y competidores. Pero no se trata sólo de reconstruir una estructura institucional global, sino de entender los procesos que se producen dentro de ese imperio, las conexiones entre las partes, la aparición de identidades étnicas, culturales, y lingüísticas que fueron, de acuerdo con GRUZINSKI, de matriz mestiza. Eligiendo el marco de la monarquía católica como espacio de su refle-

xión, GRUZINSKI muestra que es necesario franquear las fronteras impuestas retrospectivamente por los límites de las naciones modernas si se quiere entender tanto la movilidad de los hombres, de las mercancías y de las ideas entre las cuatro partes del mundo conocido como las hibridaciones y mestizajes que mezclan sangres, creencias y culturas.

La demostración por parte de GRUZINSKI de que el Imperio español era distinto, nos mueve al segundo capítulo, el de Sanjay SUBRAHMANYAM, quien realiza una comparación entre los dos Imperios ibéricos, el español y el portugués. Los historiadores solían analizar los imperios en sí mismos o comparar sólo algunos de los casos, el británico y el español; el francés y el inglés; el inglés y el holandés, etc. Pocos historiadores se han atrevido a introducir en estas comparaciones al Imperio portugués y casi nunca, a pesar de la proximidad y las coincidencias, compararlo con el español. SUBRAHMANYAM lo hace en el periodo de fundación de los dos imperios, tratando de reseñar —histórica e historiográficamente— la existencia de tradiciones y experiencias comunes, las múltiples relaciones entre ambos imperios, pero también las diferencias y la gran influencia que tuvieron las distintas situaciones en las metrópolis y las colonias en la creación de cada uno. A la oposición demasiado sencilla entre un imperio que controla tierras y hombres y otro solamente marítimo y comercial, opone la realidad más compleja procurada por semejanzas inesperadas y diferencias ocultas.

El tercer capítulo permite dar un salto en el tiempo, al periodo de la post-independencia en América Latina. El capítulo escrito por Hilda SABATO nos sitúa dentro de un panorama político muy complejo. Para un público español son más o menos conocidos los procesos de la independencia de las colonias españolas en América, los distintos movimientos y tiempos, las convergentes tradiciones políticas, e ideológicas. Muy poco se conoce, sin embargo, en cuanto a los procesos de desarrollo político-constitucional que tuvieron lugar después de la década de 1820. Sabemos que en su mayoría, los nuevos países latinoamericanos adaptaron la forma republicana de gobierno, pero parece igualmente importante conocer qué rama del pensamiento republicano fue la dominante; cuáles fueron las diferencias entre las distintas áreas; cómo las complejas divisiones étnicas y sociales, resultado del periodo colonial, afectaron a los procesos constitucionales; cuáles fueron las líneas centrales de evolución en los distintos países; y cuáles las reacciones de los distintos grupos sociales a los procesos de cambio constitucional que todos los países experimentaron a lo largo del siglo XIX. Éstos son los temas tratados por SABATO desde una perspectiva intelectual que tiene en cuenta los estudios producidos en diversas escuelas historiográficas y tradiciones nacionales. Ayuda su ensayo a entender porqué fue tan difícil y frágil

el aprendizaje democrático de las naciones nacidas de las independencias y porqué en el siglo XX no pudieron impedir la barbarie impuesta por las dictaduras militares.

El capítulo de Antonio SABORIT nos devuelve al mundo de las conexiones, entre las elites intelectuales en varios países latinoamericanos, sobre todo México, y las elites españolas y de otras partes de Europa. Sus puntos de partida son el desarrollo del llamado modernismo en América Latina, las celebraciones alrededor del tercer centenario del *Quijote* en 1905, y las celebraciones y debates provocados por el cuarto centenario, en 1892, del primer viaje de Colón. La importancia de este movimiento y de estas celebraciones, que recibieron gran atención en todos los países de habla hispana, va más allá de los mismos hechos, para permitirnos entender de nuevo cuestiones de identidad: cómo las elites de Hispanoamérica se veían a sí mismas en relación a la historia colonial de las Américas antes de la independencia, en qué sentido la separación provocada por la independencia afectaba la forma en que percibían a la “madre patria”, y cómo este proceso cultural era similar en cada una de las naciones americanas. Pero SABORIT no estudia solamente el descubrimiento o la invención de una identidad latinoamericana gracias al viaje en Europa o en el espejo de la metrópolis, sino también la participación de algunos autores españoles en la creación de la “hispanidad”, del “universalismo hispano”, propuesta como una posible alternativa a las visiones del mundo impuestas por las naciones europeas o los más jóvenes Estados Unidos de América.

En el último capítulo de esta sección y del volumen, Frederick COOPER entra precisamente en estas otras partes del mundo, ahora desde la perspectiva de las décadas centrales del siglo XX, desde la mirada hacia el pasado que creó el proceso de descolonización en el siglo XX. Lo que es de gran importancia en el texto de COOPER es el que se plantea en qué sentido la “modernidad” que supuestamente había caracterizado a los imperios europeos de los siglos XIX y XX (una modernidad fundamentada en la idea de que el imperialismo moderno tenía como única misión la de civilizar a los pueblos todavía menores) había sido una convicción profunda o un montaje ideológico que debía dar legitimidad y justificación a las acciones explotadoras que los Imperios belga, francés, inglés, o español hicieron sobre todo en África. Frederick COOPER analiza en detalle los debates historiográficos sobre la identidad imperial, la estructura e intenciones de los imperios en los siglos XIX y XX, para después confrontarlos tanto con las realidades coloniales en la África francesa como con los mitos civilizadores y modernistas de los europeos. Cuestiona así las certidumbres que fundamentaron duraderamente el etnocentrismo europeo, y también las heridas dejadas por la descolonización.



# MUNDIALIZACIÓN, GLOBALIZACIÓN Y MESTIZAJES EN LA MONARQUÍA CATÓLICA

Serge GRUZINSKI  
CNRS/EHESS

Existe en la Biblioteca Nacional de París un texto que cuenta el asesinato del rey Enrique IV en 1610. Nada sorprendente salvo el hecho de que el manuscrito fue escrito en náhuatl, la lengua de los aztecas, por un cronista indígena, Domingo Chimalpahin, a principios del siglo XVII. El mismo cronista, en otra parte de su *Diario*, cuenta la llegada de los embajadores japoneses en la ciudad de México y describe de manera detallada estos seres extraños que esta vez no llegaban del Oriente sino de la otra parte del mundo. En la obra del Indio Chimalpahin, encontramos constantemente reunidos «Europa, América y el Mundo»<sup>1</sup>. Pues bien, en su mayoría los historiadores europeos de hoy tienen las mayores dificultades en pensar el mundo que componía los horizontes del cronista indígena en los albores del siglo XVII. Durante mucho tiempo, la historia fue etnocéntrica. Hasta hoy en día los historiadores que estudian la historia de Europa siguen manifestando poco interés por los pasados y por las historiografías que se sitúan fuera de las fronteras de Europa occidental y, a veces, de las fronteras de su propia nación. En cuanto a los especialistas de la Historia mundial, ellos elaboraron su visión del mundo a partir de los países de Europa occiden-

---

<sup>1</sup> Véase S. GRUZINSKI, *Les quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation*, París, La Martinière, 2004, cap. I.

tal y a partir de problemáticas que procedían de la historia de este continente. Por esta razón, tanto en Europa como en Francia acostumbramos a distinguir entre los “americanistas” y los historiadores con H mayúscula. Los primeros se dedican a la historia de América mientras que los otros investigan y enseñan la historia de Francia o de Europa occidental.

Frente a este conservadurismo europeo y francés, la crítica sistemática del europeocentrismo se volvió bastante común en los Estados Unidos. Desde los años ochenta, en las universidades de ese país los *cultural studies* y los *postcolonial studies* multiplicaron sus ataques contra el europeocentrismo de la historia y de las ciencias sociales en general. Denuncian una historia que sólo sería la proyección de Occidente, de sus categorías y de sus ambiciones sobre el resto del mundo<sup>2</sup>.

## 1. LA HISTORIA COMPARADA

Para limitar el etnocentrismo y ampliar, extender nuestros horizontes, parecía que la historia comparada podía ser una alternativa fecunda. Pues bien, las perspectivas que propone pueden ser engañosas. La selección de los objetos que tienen que ser comparados, de los marcos y de los criterios, las preguntas, las *grilles* de interpretación no dejan de ser tributarias de filosofías y de teorías de la historia que muchas veces ya contienen las respuestas a las cuestiones del investigador. En el peor de los casos, la historia comparada puede aparecer como una resurgencia insidiosa del etnocentrismo.

Sin embargo, nuestras críticas a la historia comparada son otras. Muchas veces, las empresas que inspiraron la historia comparada resultaron ser limitadas y discontinuas. Pienso en el caso de las tentativas de historia comparada entre Perú y México. En cuanto al ensayo pionero de Sergio Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, que confrontaba la colonización española y la colonización portuguesa, continúa siendo una obra tan brillante como aislada en el panorama de la producción latinoamericana.

Cabe preguntarse si el historiador europeo puede escapar de las fronteras tradicionales sin escoger la vía de la historia comparada. Me limitaré a proponer una respuesta personal inspirada por mi itinerario de investigador. Al principio investigaba un tema que tenía poco que ver con esta preocupación. Pues bien, el estudio de los fenómenos de aculturación en el México colonial siempre me enfrentó a procesos que per-

---

<sup>2</sup> Véase S. GRUZINSKI, «Les mondes mêlés de la Monarchie catholique et autres *connected histories*», en *Annales*, 56<sup>e</sup> année, núm. 1, janvier-février 2001.

tenecían simultáneamente a dos mundos. El análisis de las imágenes y de los mestizajes me enseñó configuraciones que articulaban de manera compleja elementos oriundos de Europa y de otras partes del mundo. Observamos que estos mundos podían encontrarse en puntos totalmente inesperados e imprevistos. A diferencia de las visiones dualistas —que suelen oponer el Occidente a los demás, los españoles a los indios, los vencedores a los vencidos—, las fuentes nos revelan paisajes mezclados, muchas veces sorprendentes y siempre imprevisibles.

Me parece pues que el papel del historiador podría ser el de exhumar las relaciones, los enlaces históricos que se dieron entre las sociedades o, más bien, para ser más exacto, el de explorar las “connected histories”, si adoptamos la expresión propuesta por el historiador del Asia y del imperio portugués, Sanjay Subrahmanyam<sup>3</sup>. En primer lugar, eso implica que las historias deben ser múltiples —en vez de hablar de una historia única y unificada con H mayúscula—. En segundo lugar, esta perspectiva significa que estas historias están ligadas, conectadas y que se comunican entre sí. Frente a estas realidades que cabe estudiar desde escalas múltiples, el historiador tiene que convertirse en una especie de electricista encargado de restablecer, de restaurar las conexiones internacionales e intercontinentales que las historiografías nacionales deslizaron o escondieron, al reforzar o tapiar sus respectivas fronteras.

Las fronteras que separan Portugal de España son representativas de este bloqueo. Varias generaciones de historiadores cavaron entre los dos países fosos tan hondos que hoy en día resulta difícil entender la historia común de estos dos países e imperios. Así, por ejemplo, ¿cómo explicar que las obras del Inca Garcilaso de la Vega o del escritor Mateo Alemán fueron publicadas en Lisboa? ¿Por qué el jesuita José de Anchieta componía autos bilingües, en castellano y en portugués, para las pequeñas villas de Brasil? ¿Cómo explicar la presencia en Belém do Para, o sea en Amazonia, en los años 1620, de “sesenta vecinos” españoles a los que se refiere el cronista Vázquez de Espinosa? ¿Qué andaba buscando en esta provincia entre 1612 y 1615 el capitán Roque de Chávez Osorio, nacido en México, alcalde mayor de Tacuba y Tlanepantla? Pues bien, el capitán Roque de Chávez estaba explorando las islas del Marañón, «subió por el gran Pará arriba muchas leguas hasta las sierras de Urucara donde los indios dan noticias de grandes riquezas de oro». ¿Acaso era Belém en aquel entonces una colonia mexicana?

---

<sup>3</sup> «Connected Histories: Notes towards a reconfiguration of Early Modern Eurasia», en V. LIEBERMAN (ed.), *Beyond Binary Histories. Re-imagining Eurasia to C. 1830*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1997, pp. 289-315.

Sin embargo, esta perspectiva de investigación se enfrenta a otros obstáculos: los que multiplican las retóricas de la alteridad. Corresponde al historiador la tarea de revelar detrás de las diferencias cultivadas o exacerbadas por los antropólogos, continuidades, conexiones y circulaciones muchas veces minimizadas cuando no excluidas de nuestros análisis. Así pues, si bien disponemos de muchísimos estudios sobre los grupos indígenas de la América española, sabemos mucho menos sobre la historia de estos grupos intermediarios por excelencia que fueron los mestizos. Conviene añadir que el interés por la microhistoria o por la microetnohistoria tuvo también su impacto negativo sobre la mirada del historiador ya que hubo investigadores que se olvidaron del contexto general en la medida en que sólo se centraban sobre lo particular. En resumen, estos tres enfoques contribuyeron a disociar los objetos de estudio de los grandes conjuntos a los cuales pertenecían.

En realidad, hubo empresas individuales y colectivas que lograron superar estos límites. Cabe recordar aquí *La Méditerranée* de Braudel y los volúmenes de la *Nouvelle Clio* escritos por Pierre Chaunu que ya en los años sesenta aconsejaba al historiador a “romper con los Estados”. Chaunu afirmaba en aquel entonces: «el problema fundamental es el del contacto entre las civilizaciones y las culturas». Se trata de un problema que Braudel analizó varias veces en *La Méditerranée* cuando investigó las relaciones entre el Islam y el Cristianismo al describir las maneras de cómo las civilizaciones se sobreponían<sup>4</sup>.

Por último, podemos citar el caso de la *World History* que manifiesta también esta voluntad de abrir horizontes. Pues bien, la *World History* no puede ser confundida con la historia comparada, ya que pretende desarrollar una historia universal del planeta. Tampoco puede ser equiparada con el tipo de investigación que proponemos aquí y que busca restablecer las conexiones históricas. Ni la historia comparada ni la *World History* pueden emprender esta labor. Una tarea tanto más imprescindible cuanto hoy en día el proceso de globalización está cambiando ineluctablemente los marcos de nuestro pensamiento y, en consecuencia, nuestras maneras de revisar el pasado.

En términos concretos, ¿cuál es la escala y el espacio en el que este historiador-electricista puede intervenir para analizar los “contactos” (Chaunu) y los “recubrimientos” (Braudel)? El ejercicio puede ser realizado a partir de una base local y cuasi microscópica: como hicimos al analizar los frescos pintados por los indios mexicanos en el siglo XVI.

---

<sup>4</sup> F. BRAUDEL, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, Armand Colin, 1990, t. I, p. 11, t. II, p. 506; P. CHAUNU, *L'expansion européenne du XIIIe au XVe siècle*, Nouvelle Clio 26, París, P.U.F., 1969; *id.*, *Conquête et exploitation des Nouveaux Mondes*, Nouvelle Clio 26bis, París, P.U.F., 1969.

Sin embargo, la investigación puede ser extendida a horizontes mucho más vastos que no serían definidos en función de modas o de recortes contemporáneos, sino más bien tomando en cuenta conjuntos políticos con ambiciones y extensiones planetarias que aparecieron en momentos determinados de la historia.

## 2. LA MONARQUÍA CATÓLICA COMO CAMPO DE OBSERVACIÓN

En el transcurso de nuestras investigaciones, encontramos una de estas configuraciones históricas. Dicha configuración no sólo asoció regiones y reinos europeos, sino también varios continentes para constituir un marco político que los contemporáneos llamaban *Monarquía católica*. Este nombre designaba el conjunto de reinos reunidos bajo el poder del rey Felipe II a partir de 1580, cuando la unión de las coronas añadió a las posesiones del hijo de Carlos V, Portugal y su imperio mundial<sup>5</sup>.

Este conglomerado planetario puede ser estudiado de diversas maneras. De manera política ya que se trataba de una construcción dinástica. La Monarquía católica fue también la cuna de una primera economía-mundo que suscitó estudios famosos y de gran relevancia en los años setenta. Sin embargo, estos trabajos dejaron en la sombra otros aspectos tan importantes o tal vez, a mi parecer, más decisivos. Por ejemplo, la constitución de burocracias que operaban en una escala planetaria. Burocracias que tenían estrechas relaciones con la Iglesia, debido al *patronato* español y al *padroado* portugués.

El destino de Salvador de Sá (1602-1686) ilustra los tentáculos que los más altos funcionarios solían extender fuera de su territorio. Salvador de Sá fue gobernador de Rio de Janeiro a partir de 1637 y encomendero en Tucumán. Su madre era una española, hija del gobernador de Cádiz. Salvador se casó con Catalina de Velasco que era sobrina de Luis de Velasco, virrey de la Nueva España y luego del Perú, quien, es importante recordar, se mantenía en comunicación a través del Pacífico con el virrey portugués de Goa. Salvador vivió seis años en el Río de la Plata, visitó las minas de Potosí y estaba fascinado por la plata peruana. En la guerra contra Holanda, promovió la reconquista de Angola, desembarcó en Luanda y expulsó a los flamencos.

Cabría recordar otros aspectos tales como las redes internacionales constituidas por las órdenes religiosas, por los jesuitas y por los cristia-

<sup>5</sup> S. GRUZINSKI, *Les quatre parties du Monde*, op. cit.

nos nuevos. Por otra parte, las manifestaciones religiosas, literarias, plásticas y musicales de la dominación filipina revelan que la Europa de los Habsburgo difundió un arte y este arte fue manierista. Por primera vez, un estilo europeo cobró una difusión internacional ya que prosperó simultáneamente en tres continentes.

Estas dimensiones múltiples no hicieron de la Monarquía católica ni un sistema ni una civilización. Pero están demasiado imbricadas unas con otras para que el historiador se limite a enfocar la Monarquía sólo en términos políticos o dinásticos. Si bien los historiadores suelen definir territorios y determinar cronologías para inventar y construir nuevos objetos, la Monarquía católica forma una realidad en el espacio y en el tiempo que no tiene que ser elaborada. Sin embargo, esta preexistencia no significa que los historiadores hayan adoptado de manera espontánea y sistemática el territorio del imperio como su campo de observación. Muchas veces los enfoques hispanocéntricos olvidan, eluden o escamotean esta realidad gigantesca, demasiado heterogénea y fragmentada para ser de fácil estudio. Es éste el caso, por ejemplo, del libro recién publicado de Geoffrey Parker, *The World is not enough. The Grand Strategy of Philip II*, el cual, a pesar de su título y sus ambiciones, contiene pocas cosas sobre las dimensiones africanas, asiáticas y americanas de la Monarquía. Sucede lo mismo con enfoques italianos que no toman en cuenta las Américas ibéricas, Portugal, África y Asia en sus consideraciones sobre el “sistema imperiale”<sup>6</sup>.

Sin embargo, la Monarquía constituye un objeto fascinante. Cubre un espacio que reúne varios continentes, acerca o conecta varias formas de gobierno, de explotación y de organización social, confronta de manera muchas veces brutal y violenta tradiciones religiosas totalmente distintas. La Monarquía fue el teatro de interacciones continuas y planetarias entre el Cristianismo, el Islam y lo que los ibéricos llamaban las “idolatrías”, incluyendo en esta vasta categoría los cultos amerindios, los cultos africanos y las grandes religiones de Asia. En el seno de este espacio, instituciones y prácticas oriundas de Europa chocaron con instituciones y prácticas oriundas de otros continentes. Cabe hacer hincapié sobre estas interacciones. El impacto de las instituciones europeas provocó respuestas, choques de rechazo. Fundado en Goa, en la ciudad de México y en Lima, el Santo Oficio de la Inquisición tuvo que controlar poblaciones y extensos territorios que a su vez transformaron las modalidades y la naturaleza de su acción.

---

<sup>6</sup> G. PARKER, *The World is not enough. The Grand Strategy of Philip II*, New Haven, Yale University Press, 1998; P. C. ALLEN, *Philip III and the Pax hispánica, 1598-1621*, New Haven, Yale University Press, 2000; A. MUSI, *L'Italia dei viceré. Integrazione e resistenza nel sistema imperiale spagnolo*, Cava de' Tirreni, Avagliano Editore, 2000.

El estudio de este marco de referencia ibérico lleva consigo otras implicaciones. Permite enfocar de manera diferente la cuestión de la modernidad en la medida en que focaliza la atención sobre el conjunto hispano-portugués que la tradición intelectual europea siempre consideró como alejado de cualquier forma de modernidad. Como saben, la modernidad europea clásica pasa por Italia, Francia, Holanda para culminar en Inglaterra y Alemania. Pues bien, el estudio de la Monarquía católica nos confronta con otra modernidad. Lejos de restituir una Europa meridional, arcaica y fatalmente decadente, este estudio nos remite a un espacio planetario donde se multiplicaron fenómenos que tenían algo que ver de cerca o de lejos con los procesos que hoy en día llamamos *mundialización* y *globalización*.

A pesar de correr el riesgo de multiplicar anacronismos y, peor aún, de producir una lectura retrospectiva de los orígenes, me propongo analizar los mundos de la Monarquía católica, preguntándome sobre lo que estos términos suponen y sobre las perspectivas que pueden abrir.

### 3. LA DILATACIÓN PLANETARIA DEL ESPACIO EUROPEO

Una de las características de la Monarquía católica fue su presencia en lugares tan alejados en el espacio y en la historia como Salvador da Bahia, México, Lima, Manila, Macao, Goa, Luanda, Cabo Verde. Con los progresos de la dominación española y portuguesa, este expansionismo planetario modificó los horizontes europeos. En todas las partes y casi en el mismo tiempo los hombres de la Monarquía descubrieron y enfrentaron tradiciones y herencias que no tenían ninguna relación con las de Europa occidental.

Este fenómeno de planetización se manifestó a través de un cambio de escala. Podemos observarla en ámbitos tan distintos como el urbanismo, la literatura y el Derecho. Sabemos que durante el siglo XVI se difundió en América un primer urbanismo íbero-americano con sus variantes portuguesa y castellana y que la traza española influyó en la disposición de la mayoría de las ciudades de las Indias occidentales. También cabe recordar la aparición de un público internacional de lectores con dimensiones planetarias. Los libros impresos en la Península Ibérica y en Europa occidental cruzaron los océanos Atlántico, Pacífico e Índico. Una obra, redactada para un vasto público, tan famosa y difundida como la *Diana* de Montemayor encontró sus lectores tanto en la región de Salvador de Bahia en Brasil como en las villas de las islas Filipinas. Traducidas en náhuatl en México y en japonés en Nagasaki, las *Fábulas* de Esopo se volvieron accesibles a las elites cristianizadas de Japón y a las elites nahuas de la Nueva España. La aparición de un Dere-

cho indiano —*las leyes de Indias*— ofrece otro ejemplo de propagación de categorías y de valores oriundos del mundo ibérico<sup>7</sup>.

Nuestros colegas que estudian la historia de Europa no se dan siempre cuenta del interés que representa el extraer de su contexto europeo la historia del libro —y a través de ella la historia del latín, del portugués, del castellano— o lo que nos enseña el volver a leer en la misma perspectiva planetaria la historia del derecho y del urbanismo. Sólo así podemos medir la revolución que implicó la proyección planetaria de estas prácticas e ideas europeas.

Sin embargo, la difusión mundial de los saberes y de los imaginarios de la Monarquía no constituye la única dimensión de un proceso mucho más complicado. No lo podemos disociar del descubrimiento simultáneo de otras lenguas, otros saberes y otros modos de expresión. Por primera vez y de manera simultánea, las elites cultas de una monarquía europea se confrontaron con las principales civilizaciones del globo. Es revelador que un franciscano como Bernardino de Sahagún estudiara la “filosofía moral” de los indios de México precisamente cuando el agustino Juan González de Mendoza examinaba «la filosofía natural y moral que se lee publicamente entre los Chinos»<sup>8</sup>. En la misma época, los cronistas de Castilla y de Roma examinan las pinturas pictográficas mexicanas y los libros de China mandados a Europa.

El desarrollo de las cartografías europeas se acompañó de un interés creciente por otras cartografías, ya se trate del uso de las pinturas de los *tlacuilos* indígenas en México o de la curiosidad ibérica por los mapas de los chinos. En su *Discurso* sobre la China, el gallego Bernardino de Escalante escribe:

«En una carta de geografía hecha por los mismos Chinas, que se traxo a Portugal a poder de Juan de Barros, historiador dotíssimo de aquella nación, vinieron señaladas dozientas y quarenta y quatro ciudades famosas»<sup>9</sup>.

En la misma época se multiplicaron las comparaciones planetarias. El historiador de la China compara las ciudades de este imperio con Brujas, Sevilla y Cádiz. En este periodo también otros cronistas acostumbran a introducir paralelos entre las Indias occidentales y las Indias

<sup>7</sup> G. BORTHERSTON, *Aesop in Mexico. A 16th-Century Aztec Version of Aesop's Fables*, Berlín, Verlag, 1987; J. M.<sup>a</sup> BRAGA, «The beginnings of printing at Macao», en *Studia*, 12, 1963, pp. 29-137; C. A. GONZÁLEZ SÁNCHEZ, *Los mundos del libro. Medios de difusión de la cultura occidental en las Indias de los siglos XVI y XVII*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1999.

<sup>8</sup> J. GONZÁLEZ DE MENDOZA, *Historia del Gran Reino de la China*, Biblioteca de Viajeros Hispánicos, Madrid, Miraguano, Polifemo, 1990 (1.<sup>a</sup> ed., Roma, Vincentio Accolti, 1585).

<sup>9</sup> B. DE ESCALANTE, *Discurso de la navegación que los Portugueses hazen a los reinos y provincias del oriente y de la noticia que se tiene de las grandezas del reino de la China*, Sevilla, Viuda de Alonso Escrivano, 1577 (edición moderna, Universidad de Cantabria, Laredo, 1991), p. 34.

orientales. A final del siglo XVI, el *globe-trotter* Pedro Ordóñez de Ceballos compara la red hidrográfica del río Mekong con la del Amazonas. El portugués Manuel Correia de Montenegro, que revisaba las publicaciones de la Universidad de Salamanca, compara Brasil con las Indias de Castilla «naquelas não há mais do que ouro e prata enquanto no Brasil há também metais muito estimados e ademais outras muitas coisas proveitosas e saudáveis para a vida humana».

Así pues, con la dispersión de los ibéricos en los espacios de la Monarquía las perspectivas cambian y se diversifican. Observamos una reorientación en la percepción europea del mundo: a partir de esta época se pueden hacer nuevas comparaciones desde un nuevo punto de vista, ubicado en tierras lejanas y exóticas que constituyen un marco de referencia sin precedente, el cual sustituye el marco europeo e ibérico. Por eso, el médico establecido en México, Juan de Cárdenas, puede usar la fórmula: «mas en las Indias que en otra cualquier parte o provincia del mundo».

Esta nueva orientación tuvo varias repercusiones. Así, por ejemplo, en la ciudad de México, en la segunda mitad del siglo XVI, se elaboró una visión propiamente americana de Asia, o sea un “orientalismo” *avant la lettre* que emigró para el Nuevo Mundo sin perder sus raíces occidentales. Los moradores de la Nueva España observaban la Asia española y portuguesa con ojos novohispanos, o sea tanto como una inesperada fuente de provechos cuanto como la posibilidad de lograr una mayor autonomía política y comercial con relación a Madrid. Con la creación de una relación marítima regular con las Filipinas y Japón, los criollos de la ciudad de México se jactaban de vivir en “el corazón del mundo”.

Podemos suponer que desde Salvador de Bahía o Rio de Janeiro los brasileños que estaban acostumbrados a visitar las costas africanas elaboraron también su propia visión de África, una visión relacionada con sus intereses económicos y su gran familiaridad con Angola y Cabo Verde. El “archipiélago del Capricornio” —la expresión es del historiador brasileño Luiz Felipe de Alencastro— formaba una zona de intensas interacciones que se apoyaba sobre el tráfico negrero Lisboa-Rio de Janeiro-Luanda-Buenos Aires<sup>10</sup>.

Esta zona puede ser comparada con la que conforma el mar del Sur dominado por los mercaderes de México, Perú y Manila. Cabe recordar que las dos zonas económicas se consolidaron en el periodo de la Monarquía católica, y ambas lograron una relativa autonomía con relación a la metrópoli.

<sup>10</sup> L. F. DE ALENCASTRO, *O trato do viventes. Formação do Brasil no Atlântico sul*, São Paulo, Companhia das Letras, 2000.

#### 4. OTRO PARÁMETRO DEL ESPACIO CATÓLICO: LA COMPRESIÓN DE LAS DISTANCIAS

Sería equivocado reducir el espacio de la Monarquía católica al espacio del Occidente y concebirlo sólo en términos de la expansión de la civilización europea occidental. Al dilatarse, el espacio europeo integra, incorpora, anexa o intenta capturar otros espacios sin por lo tanto poder absorberlos. Por esta razón, podemos observar una compresión sin precedente de las distancias: lo desconocido se vuelve familiar, lo inaccesible se vuelve disponible mientras lo lejano se aproxima de manera espectacular. Eso ocurre con el aumento de los consumos de productos extraeuropeos en Europa occidental: a los grupos amerindios que utilizaban el tabaco se sumaron nuevos consumidores europeos, cada vez más numerosos y más aficionados. La circulación de nuevas plantas y drogas y las transformaciones de las farmacopeas europeas son representativas de estos movimientos que convergían sobre la Península Ibérica, en vez de partir de ella.

El testimonio de un médico de Sevilla, el doctor Nicolás Bautista Monardes, permite estudiar la llegada de las plantas en el puerto de Sevilla y su difusión en la Península y en Europa occidental. Es tan preciso que podemos analizar la “trazabilidad”, o sea las distintas etapas de la difusión y de la transmisión desde el mundo amerindio hasta el mundo europeo. Al describir la llegada de la raíz de Michoacán, una planta purgativa oriunda de Colima, en la Nueva España, Monardes escribe:

«En tanto grado se ha extendido el uso de él que ya es común en todo el mundo, y se purgan con él no sólo en Nueva España y provincias del Perú, pero en nuestra España y toda Italia, Alemania y Flandes»<sup>11</sup>.

La circulación de las plantas medicinales no sólo establecía lazos entre Europa occidental y la América española. Otros saberes y otras plantas llegaron a Lisboa desde las tierras asiáticas. En 1563, García d’Orta publicó en Goa su obra maestra, *Coloquios dos simples e drogas he cousas medicinais da India*. El texto se difundió rápidamente en Castilla. Cuatro años después, en 1567, Charles de Lescluse publicaba una versión latina en Amberes. En 1593 otra versión del texto salió de las prensas flamencas, acompañada por el texto de la obra de Nicolás Monardes. Así pues, en el corazón editorial de la Monarquía católica, encontramos reunidos los nuevos saberes oriundos de la América española y de la Asia portuguesa.

---

<sup>11</sup> N. B. MONARDES (1493-1588) publicó en 1545 en Sevilla *Dos libros, el uno que trata de todas las cosas que traen de nuestras Indias Occidentales, que sirven al uso de la medicina, y el otro que trata de la Piedra Bezaar y de la Yerva Escuencora*.

Pues bien, en la Península Ibérica, entre Portugal y Castilla, las circulaciones intelectuales fueron intensas. El primer libro español dedicado a la China, el *Discurso de la Navegación*, escrito por el gallego Bernardino de Escalante, utiliza informaciones contenidas en las crónicas portuguesas, como las *Décadas* de João de Barros, así como aprovecha los contactos personales del autor con los medios lisboetas portugueses y chinos.

## 5. CHOQUES Y CONCORDANCIAS DE LOS TIEMPOS

El estudio de los mundos de la Monarquía católica lleva a interrogarse sobre el tema de los tiempos y de las temporalidades. La presencia hispánica se manifestó por la imposición sistemática de la referencia y del uso del tiempo occidental y cristiano, ya que la colonización de los tiempos acompañó la del espacio en todo el imperio. El tiempo occidental no sólo era una manera de calcular el paso de los días y de las horas. Fue también una concepción del pasado y ofrecía la posibilidad de prever el futuro: la astronomía y la astrología eran las ciencias que permitían estos pronósticos. Además, el tiempo correspondía al ritmo impuesto al año por el calendario litúrgico. Esta unificación del tiempo aparece como una de las características de la Monarquía. En su *Monarchia di Spagna*, el calabrés Tommaso Campanella recuerda que la misa se celebraba cada media hora en toda la extensión de la Monarquía católica<sup>12</sup>.

Sin embargo, la imposición del tiempo europeo cobraba una forma bastante distinta cuando se experimentaba a partir de un territorio americano o asiático. Publicado en México en 1606, algunos años después del tratado de Campanella, el *Repertorio de los Tiempos* es un libro de astronomía, astrología e historia escrito por el cosmógrafo alemán, radicado en Nueva España, Heinrich Martin. En esta obra el autor integra la cronología de la Nueva España en la cronología europea y mundial: el tiempo del reino de la Nueva España aparece conectado con el tiempo del Perú español, de la Inglaterra de Enrique VIII y de María Estuardo o con el tiempo de las Filipinas.

Esta integración se acompaña de una lista de longitudes que ubica una centena de ciudades de la Monarquía con relación al meridiano de la ciudad de México en vez de hacerlo con relación al meridiano de Madrid o de Sevilla. Así tenemos una lista de localidades empezando con las de la Nueva España, del Perú, del Brasil; luego siguen las ciudades de España, de las Filipinas y de la “Gran China”, para acabar con

<sup>12</sup> *Monarchie d'Espagne et monarchie de France* [1598], G. ERNST (ed.), París, P.U.F., 1997.

las ciudades de la India portuguesa: Calicut, Goa, Diu. Cada vez, el cosmógrafo indica la diferencia horaria que calculó entre la capital de la Nueva España y la ciudad mencionada. Así, por ejemplo, sabemos que Pernambuco queda a cuatro horas y cincuenta y ocho minutos de la ciudad de México, Lima a una hora dieciséis minutos, Cuzco a una hora cuarenta minutos, Potosí a una hora cuarenta y seis minutos, etc.<sup>13</sup>.

En los escritos y en los cálculos de Heinrich Martin la ciudad de México aparece simultáneamente como un eje histórico y un centro geográfico a partir del cual el tiempo europeo se transforma en tiempo occidental. Sin embargo, la victoria del tiempo cristiano no fue ni absoluta ni inmediata. Caba recordar que con el tiempo cristiano llegó a América, Asia y África el tiempo de los cristianos nuevos. Otros cómputos, hasta en las zonas directamente controladas por la corona de Castilla, resistieron la unificación del tiempo. En Manila, la capital española de las Filipinas, el barrio de los mercaderes chinos, los sangleyes, vivía en la hora china mientras los cronistas indígenas de la Nueva España se empeñaban en establecer concordancias entre sus calendarios y el calendario cristiano. En Japón, en las cartas de los príncipes favorables a los cristianos, coexiste el calendario local y el de los misioneros. Pues bien, las maneras indígenas de contar el tiempo no dejaban indiferentes a los españoles como lo demuestran los numerosos estudios llevados a cabo por los misioneros castellanos sobre los cómputos mexicanos o, en otra región del globo, las informaciones recogidas sobre los milenios de la historia china.

Así pues, tiempos y espacios se cruzaban y se confrontaban en el seno de la Monarquía y hasta fuera de ella, ya que, como sabemos, la China imperial se interesó por los relojes europeos. Cabría reconstituir esta trama tan sutil y complicada de circulaciones, colisiones y capturas sin limitarse a la perspectiva de una occidentalización conquistadora o, peor aún, a una visión de los vencidos concebida como impermeable a los cambios.

## 6. DE LA PATRIA AL MUNDO Y VICEVERSA: LOCAL Y GLOBAL

La circulación de las drogas ilustra la manera como un elemento “local” consigue una proyección, una visibilidad repentina en la escala global, o sea en varias escenas del mundo, ya sean europeas, americanas o asiáticas. Es evidente que “local” y “global” son categorías con-

---

<sup>13</sup> H. MARTÍNEZ, *Repertorio de los tiempos y historial natural desta Nueva España*, México, Henrico Martínez, 1606.

temporáneas, todavía muy mal definidas. Es obvio también que no podemos proyectarlas sin adaptarlas sobre las sociedades de los siglos XVI y XVII. Sin embargo, estas precauciones no deben impedir que el historiador intente reflexionar a partir de las preguntas que plantea nuestro mundo. Hoy en día el historiador puede difícilmente ignorarlas si admitimos que este diálogo con el presente nos ayuda a releer el pasado de manera nueva y tal vez a entender mejor las singularidades del universo que nos rodea hoy en día.

En el seno de la Monarquía, las fuentes más diversas nos permiten diferenciar dos esferas de actividades y de referencia: la esfera de origen y la esfera en la que los individuos circulan. Localmente se trata de la *patria* o del *patrio nido*: ellos sirven de punto de anclaje y de definición. La *patria* es el lugar al cual el individuo regresa después de una larga ausencia y de recorrer los mares y los continentes, «como el pájaro ausente del patrio nido».

No es nada fácil definir lo “global” y lo “local”. Menos aún pretender determinar la naturaleza de los lazos que los unen. Durante el siglo XVI, la relación entre lo que constituía el nivel “local”, la *patria*, y lo que correspondía al nivel “global”, el *mundo*, evolucionó constantemente en la medida en que *patria* y *mundo* cobraron nuevos sentidos. Estos cambios aparecen relacionados con los progresos continuos de la expansión ibérica. Como si se tratase de dos procesos paralelos e indisolubles, la redefinición de lo “local” acompañó la emergencia de lo “global” que se identificaba cada vez más con el espacio planetario.

Redefinición de lo local en el sentido de una *neolocalización*. Así pues, en América la conquista española llevó a los invasores y a los vencidos a redefinir lo “local”. Con el transcurso de los años y la distancia, los lazos que los conquistadores mantenían con sus lugares de origen en la Península se distendían o se deshacían. Al mismo tiempo observamos la aparición de un neolocal americano que a veces tomó la forma de una realidad institucional. La fundación de la ciudad de Veracruz por los conquistadores en 1519 materializa y oficializa esta reterritorialización de tipo castellano en el suelo de la Nueva España. Del lado de los vencidos, tanto la creación de las “repúblicas de Indios” que fueron el resultado de la articulación de las instituciones ibéricas con las tradiciones amerindias, como la política de las congregaciones, provocaron un proceso paralelo de relocalización en el mundo de las comunidades indígenas.

En el caso de la América portuguesa, encontramos otras formas de neolocalización: sabemos, por ejemplo, que la relación entre la familia de Sá y Rio de Janeiro se debe a las redes de lazos familiares y cliente-

lares que la familia logró establecer durante los siglos XVI y XVII. Al mismo tiempo, vemos surgir un espacio occidental que se extiende al globo entero. Con Magallanes y El Cano el mundo se volvió un globo al cual era posible dar la vuelta. Se volvió, pues, una realidad vivida y medible. Las primeras relaciones regulares transpacíficas y el dominio progresivo de los itinerarios planetarios transformaron lo excepcional en una práctica de rutina, aunque todavía bastante arriesgada. La emergencia de esta nueva dimensión —que posibilitó la relación marítima directa entre Asia y América— precedió en pocos años a la unión de las dos coronas.

Los progresos de las técnicas de navegación, la herencia de la tradición imperial del Occidente latino, el expansionismo ibérico, la realización de las ambiciones universalistas del Cristianismo favorecieron la difusión de otra visión del mundo, un mundo concebido como un conjunto de tierras interrelacionadas y puestas bajo la misma dominación. En este contexto y con esa acepción el término *mundo* se volvió común en los textos de la época. Cuando el médico Monardes describe la difusión de las nuevas plantas, no puede dejar de usar sistemáticamente esta palabra: «el uso dellas se difundió no sólo en nuestra España sino también en todo el mundo». El cosmógrafo alemán establecido en México, Heinrich Martin, nunca pierde de vista «las otras partes del mundo». En la *Città del Sole* de Tommaso Campanella, el informante genovés se vanagloria de conocer «tutto il mondo». El cronista portugués Fernandez Brandão explica que Brasil es «la plaza del mundo»<sup>14</sup>.

Muchos de los cronistas de la Monarquía católica —Torquemada, João dos Santos, etc.— principian sus relatos con la descripción de un mundo que ya no era sólo el mundo de la Creación, de los Antiguos y de la Edad Media. Era también y desde entonces el conjunto formado por las cuatro partes del globo —Europa, América, África, Asia—, o sea las cuatro zonas repartidas en los dos hemisferios y que ya habían sido ocupadas o que debían ser rápidamente conquistadas.

Lo “global” corresponde también a una visualización siempre más aguda, más “realista” del globo terrestre. En el siglo XVI, el globo surge en su realidad física y en su integridad en los mapamundis, las tapicerías y las esferas armilares. Así, por ejemplo, en la tapicería realizada por Bernard van Orley que muestra «la Tierra protegida por Júpiter y Juno», descubrimos el imperio portugués en sus dimensiones planetarias —brasileñas, asiáticas y africanas—, representado sobre un globo blanco, ocre y azul de excepcional belleza.

---

<sup>14</sup> T. CAMPANELLA, *La Città del Sole*, a cura di L. FIRPO, Bari, Laterza, 1997, p. 3.

Tampoco debemos olvidar el campo de la literatura. Cabría citar los escritos de los poetas ibéricos. Uno de estos textos describe un viaje hecho en el aire sobre una máquina voladora. Durante este vuelo relatado en *El Rodrigo* de Bernardo de Balbuena, los viajeros descubren:

«Del Brasil los páramos incultos,  
Los Andes, El Dorado y los temidos  
Desiertos del Darién»<sup>15</sup>.

## 7. LAS RELACIONES DE LO “GLOBAL” CON LO “LOCAL”

Los vastos espacios que cubren la Monarquía incitan a multiplicar las preguntas. ¿Cómo lo “local” se integraba en lo “global” en la segunda mitad del siglo XVI? ¿Cómo los actores de la época percibían lo “local” en el seno de una dominación mundializada como la Monarquía católica? ¿Cómo se traducía o, mejor dicho, cómo se percibía lo “global” dentro del espacio limitado de la vida cotidiana?

Podemos explorar muchísimas pistas. La lectura de tres autores de la Monarquía, el calabrés Tommaso Campanella, los españoles establecidos en Nueva España, Juan de Torquemada y Bernardo de Balbuena, ofrece indicaciones bastante interesantes. Aunque sus concepciones de lo “local” y de lo “global” resulten ser muy diferentes, estos tres autores concuerdan en reconocer la misión providencial y planetaria de España e imaginan lo “local” como una pequeña sociedad ideal o idealizada. Puede ser la ciudad de México —en *Grandeza mexicana*—, la comunidad indígena bajo la tutela de los franciscanos, o la utópica *Città del Sole* que inventa el calabrés Campanella.

Lejos de reducirse a la afirmación de la hegemonía castellana, los sistemas de representación que encontramos en el espacio de la Monarquía revelan que la unidad dinástica y religiosa podía ser compatible con puntos de vista múltiples y alternativos que reservaban un papel dinámico a cada región del imperio. Todo sucedía como si el hecho de pertenecer al imperio no impidiese la aparición de lecturas locales, creadores y singulares.

Convendría releer en esta perspectiva la *Rhetorica christiana* de Diego Valadés, publicada en Perugia en 1579, o examinar los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega que desarrolla frente a la Monarquía católica una visión idealizada del reino de los Incas. Convendría también extender el análisis a los autores portugueses para estudiar los lazos que se establecen entre una Lisboa, colocada, puesta en el centro

<sup>15</sup> B. DE BALBUENA, *El Bernardo*, N. JITRIK (ed.), México, Secretaría de Educación Pública, 1988 (1.ª ed., México, 1624), p. 137.

del mundo, y los gigantescos espacios de la dominación filipina. Sin olvidar el Asia portuguesa y su capital Goa, que se llamaba en aquel entonces la “Roma de Asia”. Por fin, podríamos interrogar a un autor africano, el mulato Andrés Alvarez de Almada que nos dejó un *Tratado breve dos rios de Guiné do Cabo Verde*, en el cual define el lugar que deben ocupar Guinea y Brasil en el contexto de la Monarquía<sup>16</sup>.

Siguiendo esta perspectiva, observamos que a partir de las periferias de la Monarquía, ya sean napolitanas, portuguesas, mexicanas o peruanas, africanas o asiáticas, surgen simultáneamente representaciones del mundo que articulan lo “local” y lo “global” bajo las múltiples formas que podían tener en el marco de la Monarquía católica.

## 8. VIVIR ENTRE LOS MUNDOS

Sin embargo, las pistas que acabamos de esbozar sólo remiten a producciones intelectuales, a concepciones religiosas y filosóficas. El análisis de los primeros movimientos milenaristas en el Brasil portugués —pienso en la famosa “Santidade de Jaguaripe” que estudió Ronarlo Vainfas— muestra cómo en el espacio reducido de un ingenio de azúcar, lo “local”, confluyen representaciones oriundas de otros continentes con ambiciones planetarias —los mesianismos, la colonización portuguesa...— que chocan con tradiciones y mitos indígenas, como por ejemplo el de la Tierra sin mal... En este caso, lo local, este movimiento indomestizo de protesta, constituye una forma de respuesta bastante singular y combativa de la realidad brasileña al nuevo contexto mundial.

Existe otra manera de considerar estas cuestiones. El estudio de los individuos también nos puede mostrar en qué modo lo “local” y lo “global” se articulan y se rearticulan constantemente. Aquí convendría multiplicar los estudios de casos para reunir informaciones bastante significativas.

Una de las características que sobresale en el universo de la Monarquía nos parece ser el *nomadismo* de los hombres. Es evidente que este rasgo no apareció con la Monarquía católica. Pero con ella se volvió mucho más común y generalizado. Como en el Mediterráneo de Fernand Braudel, y tal vez en otros más, el movimiento de los hombres constituía un elemento que daba su unidad al gigantesco espacio que aquí consideramos. Muchas veces, la realidad superaba la ficción. Si Guzmán de Alfarache, que fue el prototipo del héroe picaresco, circuló en la cuenca del Mediterráneo occidental, su creador, el escritor Mateo Alemán, cruzó

<sup>16</sup> *Tratado breve dos rios de Guiné do Cabo Verde*, A. BRÁSIO (ed.), Lisbonne, Editorial L.I.A.M., 1964.

el Atlántico y vivió varios años en la ciudad de México. Los desplazamientos, los traslados de los hombres, se efectuaban fuera de las fronteras de Europa occidental y del mundo mediterráneo: muchos europeos, hoy en día casi completamente desconocidos, daban la vuelta al mundo. Como escribía en el año 1614 en su *Viaje del mundo*, Pedro Ordóñez de Ceballos estaba orgulloso de haber dado varias vueltas al mundo: «Desde esta edad [de nueve años] hasta los cuarenta y siete años, anduve peregrinando y viendo el mundo, andando por él más de treinta mil leguas [...] tocando todas las cinco partes de él: Europa, África, Asia, América y Magallánica»<sup>17</sup>. Pedro Ordóñez acabó su vida con los títulos de vicario-general de los reinos de la Cochinchina y de chantre de la iglesia de Huamanga en el Perú.

En la misma época, el franciscano Martín Ignacio de Loyola desempeñaba actividades intensas de religioso, diplomático, y hombre de negocios en dos zonas del globo colocadas en las antípodas la una de la otra: la Asia de Manila, Macao y Cantón por una parte, y por otra la América rioplatense. La vida de Manuel de Paz cruzó también los espacios de la Monarquía. Nacido en Olinda, Brasil, Manuel pertenecía a las comunidades de cristianos nuevos de Recife y Olinda de donde salieron los primeros hombres “globalizados”, en expresión de Luiz Felipe de Alencastro. La familia de Manuel regresó a Portugal en los últimos años del siglo XVI. Manuel invirtió en el comercio asiático y se estableció en Goa entre 1606 y 1617. Más tarde, regresó para Lisboa antes de mudarse a Madrid, donde su palacio se encontraba frente al palacio real del Buen Retiro.

Estos desplazamientos no se hacían en sentido único. No podemos subestimar los itinerarios que llevaron en el continente europeo a mestizos como el Inca Garcilaso o el franciscano Diego Valadés, sin hablar de los enviados japoneses que visitaron Lisboa, Madrid y otras ciudades de Europa occidental. Cabe preguntarse sobre la representatividad de estos casos que pueden ser multiplicados sin muchos esfuerzos. No tenemos aquí ni el tiempo ni el espacio de citar a los conquistadores, misioneros, burócratas, mercaderes que por vocación o interés viajaban de un continente a otro. Sin olvidar a los esclavos africanos que fueron deportados para Europa, América o Asia, muchas veces después de agotantes recorridos a través del continente africano. Los viejos reflejos europeocéntricos nos incitan a dejar a estas poblaciones en las tinieblas de las periferias o a considerar que constituyen excepciones. Las cosas aparecen distintas si hacemos de la Monarquía católica, y ya no de Europa occidental, nuestra base de investigación y de observación.

<sup>17</sup> P. ORDÓÑEZ DE CEBALLOS, *Viaje del mundo* [1614], Madrid, Miraguano Ediciones, 1993, p. 10.

Dejando a un lado la cuestión de la representatividad, parece más importante intentar identificar en cada trayectoria los comportamientos nuevos, inducidos por el hecho de pertenecer a la Monarquía, o sea a un espacio dotado de dimensiones planetarias: movilidades intercontinentales, nomadismos, facilidades en dejar un lugar para otro, poder de adaptarse a ámbitos diferentes con el fin de circular sin mayor obstáculo en el seno de la Monarquía. Convendría examinar de cerca esta capacidad y esta propensión para circular de un espacio a otro, de una civilización a otra, relacionándolas con las notables facultades de observación que acostumbraban a manifestar los habitantes de la Monarquía. El relato del florentino Carletti o el *Viaje del mundo* del español Pedro Ordóñez de Ceballos están llenos de observaciones extraídas de las sociedades y de las lenguas más diversas. Aparecen hoy en día tan precisas y cuidadosas que nos inclinamos a calificarlas de etnográficas. A pesar de los estereotipos, de los prejuicios y de las segundas intenciones que pesan sobre estos relatos, todas estas miradas revelan una voluntad continua de acumular informaciones sobre los reinos de la Monarquía, traduciendo una excepcional capacidad de absorción que no excluye la posibilidad de abrirse sobre los otros. Es el caso, por ejemplo, del texto de Bernardino de Escalante sobre la China, ya varias veces citado, donde examina todo lo paradójico de este imperio: ¿cómo es posible que un país tan perfecto sea idólatra? Asimismo el jesuita Luís Fróis quería entender por qué los japoneses que aparecían tan civilizados tenían costumbres diferentes de las de los portugueses. Entender, explicar la diferencia preocupaba a muchos observadores, misioneros y burócratas... Sin embargo, la adaptación podía realizarse de otra manera, ya se trate de la alimentación, del clima, del cuerpo, de las técnicas o de la penetración de las redes locales realizadas en una escala planetaria. Estas experiencias no se limitaron a los medios intelectuales que nos dejaron testimonios escritos. Implicaron miles de europeos y no europeos que aprendieron a vivir y a sobrevivir —en el caso de los esclavos africanos o de las masas indígenas— entre varios mundos.

No pretendo aquí proponer teorías ni esquemas de interpretación, sólo algunas preguntas para releer el pasado con otros enfoques y horizontes. Pues bien, estas preguntas son al mismo tiempo simples y complicadas. Así, por ejemplo: ¿cómo conectarse con América?, ¿cómo conectarse con Europa?, ¿cómo vivir entre dos mundos o más? Otra vez, el espacio y el tiempo faltan para examinar más casos.

## 9. LOS MUNDOS MEZCLADOS DE LA MONARQUÍA

Todo esto no significa que el estudio de la Monarquía deba limitarse al estudio de los individuos. Las tierras de la Monarquía eran tierras de

mezclas, de confrontaciones y de conflictos. Eran márgenes siempre en contacto con otros universos que hubieran podido sumergirlas: la Calabria de Campanella estaba tan cerca del Imperio Turco que el dominicano quiso llamar a los turcos para apoyar su sublevación contra la dominación española. Japón, la India portuguesa, las Filipinas, las costas africanas también eran tierras de mezclas y de enfrentamientos.

Estas sociedades híbridas iban más allá de las fronteras de la Monarquía. En México, los mayas del Petén que no eran controlados por los españoles consumían bienes y compraban armas de origen occidental. Los portugueses de Asia salían de la zona controlada por Lisboa para circular en otras sociedades: eran los portugueses “fora do império” como los llama el historiador A. J. R. Russel-Wood<sup>18</sup>.

Estas múltiples sociedades mestizas pueden ser analizadas de varios modos. La manera más simple y tal vez la más limitada consiste en hacer repertorios y explorar los mestizajes biológicos. Incita a examinar en todas partes la aparición de nuevos grupos que llamamos mestizos: *mestizos* y *jenízaros* en la América española, *mamelucos* del Brasil, *mestiços* de la India, *tangomaos* de África, etc. Podemos dar un paso más adelante al extender la categoría de mestizos a todos los individuos que tuvieron o que asumieron un papel de *passeurs*, de mediadores entre las sociedades y los grupos. Estos “mestizos culturales” pueden ser europeos o no europeos, o sea amerindios, africanos o asiáticos.

Podemos dar otro paso más al estudiar la manera como los europeos se “americanizaron”, se “africanizaron” o se “orientalizaron”. Por ejemplo, los españoles que se americanizaron fueron llamados *indianos* por los moradores de la metrópoli. Los portugueses que se orientalizaron fueron llamados *castiços* o *indiáticos* en la India portuguesa. Los portugueses de Brasil se volvieron *brasílicos*, los de Angola, los *angolistas*. En la obra de Ambrósio Fernandes Brandão, los *reinóis* se oponían a los brasilienses, tal como los recién llegados se distinguían de los que ya habían pasado muchos años en estas tierras.

La investigación puede volverse aún más interesante si, superando la fase de las descripciones y de los inventarios, intentamos entender el funcionamiento y captar las especificidades de las sociedades que aparecieron en ámbitos tan distintos como México, los Andes, Brasil, las costas africanas, la India, Japón y Filipinas<sup>19</sup>. Estamos acostumbrados a decir que todas estas sociedades son sociedades coloniales. Sin embargo, ¿qué sucede si aceptamos que la relación “colonial” —que sitúa estas

<sup>18</sup> A. J. R. RUSSELL-WOOD, «Os portugueses fora do império», en F. BETHENCOURT & K. CHAUDHURI (dirs.), *História da expansão portuguesa*, Lisboa, Círculo dos leitores, t. I, 1998, pp. 256-281.

<sup>19</sup> S. GRUZINSKI, *La pensée métisse*, Paris, Fayard, 1999, *passim*.

sociedades en una posición de dependencia política y de explotación económica en relación a una metrópoli— no agota todas las dimensiones de la Monarquía? Muchas veces, las capacidades de autonomía, de reacción y de invención de estas tierras han sido subestimadas. De hecho, estas sociedades “coloniales”, que en la mayoría de los casos fueron sociedades urbanas, ostentan rasgos muy peculiares en la medida en que articulaban modos de vida y de expresión, modos de organización social y tipos de presencia occidental radicalmente distintos.

De esta situación resultan sistemas compuestos de dominación y de organización del trabajo, asociaciones de saberes y de técnicas de origen muy diverso, representaciones híbridas del espacio y del tiempo, mezcla de creencias que muchas veces nos limitamos a calificar de sincréticas, en vez de analizarlas de manera más detallada. Es obvio que no sólo los cuerpos se mezclaron, sino también todas las formas de existencia social y de pensamiento.

La transformación de un grupo de origen prehispánico, los *macehuales* de México-Tenochtitlan en una plebe urbana, constituye un fenómeno tan complejo como imprevisible como la mezcla de las ideas y de los estilos. Esta metamorfosis no se hizo por simple sustitución, y tampoco fue un mero proceso biológico. La mezcla implicó una serie de mestizajes que involucraron a todos los ámbitos de la vida urbana, ya sea los cuadros políticos e institucionales —tanto los heredados de la sociedad nahua como los que procedían de la Península Ibérica—, ya las formas de trabajo que combinaban las antiguas organizaciones colectivas con el salario y el acceso al mercado de tipo europeo, ya las estructuras religiosas que cristianizaron prácticas idolátricas, sin olvidar soluciones técnicas que asociaban el quehacer amerindio con innovaciones europeas.

En la segunda mitad del siglo XVII se perfila un grupo que al mismo tiempo era una plebe de antiguo régimen y una plebe “americana”, o sea una masa portadora de las herencias amerindias y africanas en las cuales se reflejaba la diversidad étnica del pueblo. En un siglo el juego complejo de los mestizajes no sólo transformó a los individuos, sino también al grupo al cual pertenecían y a la sociedad novohispana en su conjunto.

El inventario de las grandes ciudades mestizas de la Monarquía católica muestra que cada lugar tuvo un destino particular: la ciudad de México no era Lima, tampoco Lima se confundía con Potosí ni con Salvador de Bahía. La ciudad de Manila, aunque dependía de la Nueva España, ofrece configuraciones bastante distintas de las que encontramos en la capital mexicana.

Sin embargo, ya que todas estas mezclas se producen en el espacio de la Monarquía católica, el fenómeno nos invita a examinar la relación entre los procesos de mestizaje, la Monarquía y la mundialización ibérica. Dicho de otro modo, cabría investigar la manera como lo político —en el sentido más amplio de la palabra y analizado a partir de una perspectiva global— influyó sobre las manifestaciones locales y múltiples del mestizaje. ¿Cómo definir esta dimensión política? Es verdad que la Iglesia, la corona, las administraciones ibéricas intervinieron en muchos ámbitos que nos interesan aquí. Sin embargo, no podemos contentarnos con este esquema dualista que opondría España al resto de sus posesiones. Tenemos que evitar explicaciones mecánicas.

Nos parece que la dominación ejercida por el centro de la Monarquía no basta para explicar la dinámica de estos fenómenos aparecidos en los cuatro continentes. O sea, lo global que se manifiesta en la Monarquía y que incide sobre los procesos de mestizaje no puede ser confundido con una estrategia global de dominación hispánica que se enfrentaría con una multitud de “historias locales”. Al contrario, observamos configuraciones más complejas relacionadas con los parámetros que acabamos de enumerar. La existencia de la Monarquía instaaura espacios de circulaciones, intercambios, conflictos e interacciones que escapan a cualquier estrategia global, por ambiciosa que sea, pero que parecen determinar muchos aspectos de los mestizajes.

Por eso resulta necesario explorar esta trama en toda su complejidad y en una perspectiva que se aproxima a la de los especialistas de la *World History*, en la medida que trata las diferentes partes del mundo como zonas interconectadas e interactivas. En este caso la Monarquía ofrece un caso ejemplar de “zona interactiva” en la que proliferaron las relaciones entre los poderes, los grupos y las sociedades.